

Pícaros, clérigos, caballeros y otras falacias, y su reflejo literario en los siglos XVI y XVII

por CAMILO JOSE CELA

I,

La historia general de los siglos de oro de la literatura española, de los siglos XVI y XVII, se representó y se escribió con tanta lozania como eficaz donaire, pero también, ¿por qué hemos de disfrazar con palabras el pensamiento?, un poco de pillo a pillo y — con menos saludable descaro que vergonzante pudor— al grito de ¡sálvese el que pueda! Ni el Lazarillo de Tormes, ni Guzmán de Alfarache, ni el escudero Marcos de Obregón, ni las harpías madrileñas, ni Teresa de Manzanares, la Niña de los embustes, ni la Garduña de Sevilla, ni el bachiller Trapaza, ni Estebanillo, ni el Gran Tacaño, ni el Diablo Cojuelo, ni toda la cohorte de pícaros que los acompañaron en sus malaventuras por este duro y bajo mundo, estaban hechos de diferente madera —aunque pintada, sí, de distinto color— que los viajeros a Indias, o el inquisidor Torquemada, o el secretario Cobos, o los juristas del Tribunal de los Tumultos, o Juan de Escobedo el Verdinegro, o Antonio Pérez, o los mil y un cofrades de su tránsito por la necesidad y el aviso y la crueldad y la intriga. Esta aseveración, que bien pudiera parecer tenue e irónicamente heterodoxa a algunos y a una primera vista, ya no lo es tanto —o puede no parecerlo tanto— si se consideran los hechos acaecidos, y las causas que los motivaron, y las herramientas —morales, psíquicas y físicas— con que se llevaron a término, y los comportamientos de los protagonistas de aquel revuelto y bullidor proceso histórico, con una curiosidad mínima y de nueva planta, esto es: procurando seguir y entender el hilo de los sucesos y su clave humana, y no repitiéndolos —vacíos de sentido y horros de significación— a título de salmodia recitada como artículo de fe tras haberla aprendido en los manuales. La evidencia de que su fruto literario, la novela picaresca, haya venido a resultar inmarcesible y glorioso, no es razón suficiente —aunque sí, quizá, consecuencia inmediata— para dar pábulo al contrario pensamiento.

2,

El diccionario, en trance de definir al pícaro y a lo que es pícaro y propio de pícaros, abre dadivosamente la espita de los denuestos para ponerlo, ¡pobre y zurrado pícaro!, cual digan o no digan dueñas. En las cuatro acepciones —y todas emparentadas— que registra, el diccionario moteja al pícaro de: bajo, ruín, doloso, falto de honra y vergüenza, astuto, taimado, dañoso, malicioso, descarado, travieso, bufón y de mal vivir. Lo peor de todo es que, tras el chaparrón, el pícaro, probablemente, sigue sin ser definido tal cual es en su esencia y su peculiar estado.

Pícaro (en la acep. que conviene, que *pícaro de cocina* es oficio diferente y de documentación algo anterior) es voz que aparece en la literatura española quizá entre 1541 y 1547, en la farsa *Custodia del hombre*, del aragonés Bartolomé Palau, y sin duda en 1548, en la *Carta del Bachiller de Arcadia*, de Eugenio de Salazar. En su forma *picaño* —que el diccionario da como adjetivo y con el valor de pícaro, holgazán, andrajoso y de poca vergüenza— se registra ya en el siglo XIV, en la anónima *Danza de la Muerte* y en el *Libro de Buen Amor*, del Arcipreste, que substantivan el femenino.

Don sacristanejo de mala picanna,
Ya non tenés tiempo de saltar paredes
Nin de andar de noche con los de la canna,
Fasiendo las obras que vos bien sabedes.
(Versos 561-4)

Se lee en la *Danza*. Y en el *Libro* de Juan Ruiz, se dice:

murieron, por los furtos, de muerte sopitanna,
rastrados e enforcados de manera estranna;
en todo eres cuquero e de mala picanna
quien tu cobdicia tiene, el pecado lo enganna.
(Estrofa 222)

Don Ximio fuése a casa, con él mucha companna,
con él fueron las partes, coneejo de cucanna;
y van los abogados de la mala picanna;
por bolver al alcalde ninguno non l'enganna.
(Estrofa 341)

La duenna dixo: "Vieja, guárdem Dios de tus mannas!
Ve: dil que venga cras ante buenas compannas,
fablarne buena fabla, non burlas ni picannas,
e dil que non me diga de aquestas tus fazannas".
(Estrofa 1.493)

Sin embargo, la voz *pícaro*, nombrando al héroe, o a la contrafigura del héroe protagonista de una de nuestras más peculiares formas literarias — quizá a la vera, en orden a su importancia, pero en ningún caso detrás ni a remolque de la gran poesía mística —, no se presenta hasta el siglo XVI, como poco atrás quedó dicho. No deja de ser curioso que en el *Lazarillo de Tormes* — la muestra más pura de toda la novela picaresca, pese a que algunos tratadistas la vean no más que como un ilustre antecedente del género — no se pronuncie la palabra *pícaro* ni una sola vez. El pueblo español, a principios del XVII, llamaba el *pícaro*, por antonomasia, al *Guzmán de Alfarache*, y en los registros de las naos que hacían la ruta de Indias se habla de “tantos ejemplares del *Pícaro*”, sobrentendiéndose el libro a que se referían.

3,

Ahora bien, *Pícaro*, ¿es voz que en todos los casos quiere decir lo mismo? ¿Actúan, piensan, reaccionan y proceden de idéntico modo Lazarillo que el Buscón, Guzmán que el *Donado hablador*, Estebanillo González que don Gregorio Guadaña? Evidentemente, no. El *pícaro* de la literatura española es, en cierto sentido, el burlesco gorgojo de la conciencia del tópico — o del ideal humano — de aquel momento: el santo nimbado de bienaventuranza, el caballero aureolado de honor y el capitán cubierto de laureles. La diferencia entre Don Quijote, contra-molde del caballero, y Lazarillo, envés del hidalgo cristiano viejo, estriba en que aquél tenía planteado su conflicto consigo mismo — de ahí su singularidad —, al paso que este otro trataba de resolver el permanente problema que le ofrecía su vida, escurriéndose como un ánima huidiza entre las vidas de los demás. Don Quijote vive de espaldas a la realidad del mundo en torno y sus hábitos establecidos y admitidos por la costumbre, al paso que Lazarillo, inmerso en la anécdota y en la esencia misma de las cosas, lucha con ellas, contra ellas, como gato panza arriba, para subsistir. Don Quijote sueña con imponer un orden que estima justo, mientras que Lazarillo se conforma con comer, cuando puede y le dejan, e ir tirando, sin llamar demasiado la atención, que no fuera norma prudente — sino delatora — el hacer lo contrario.

El *pícaro* es un estoico que sabe que el mundo en torno es malo e injusto, pero que ni prueba siquiera a modificarlo porque teme que con el arreglo pueda resultar peor. “Más vale no menearlo” pudiera ser el mote heráldico que rige la conducta del *pícaro*. El *pícaro* sólo intenta vivir (o no morir) y, en el fondo de su conciencia, sueña con que llegue el día en que pueda dejar de serlo o, al menos de parecerlo. El cinismo del *pícaro* no es muy diferente, en su esencia, del cinismo del hidalgo o del inquisidor. Acuciado por el hambre y, aun antes, deformado por un concepto del honor que supone fantasmagórico, el *pícaro* no entiende las razones heroicas del bien nutrido honrado: las disputas teológicas, las disquisiciones sobre el honor y las apologías imperiales. Y asediado por la sociedad al uso

admitido, se torna antisocial —aunque con frecuencia se lo calle— pensando en que fuera de ella, al margen y haciendo caso omiso de ella, ha de vivir más tranquilo. Esta actitud a contrapelo puede llevar al pícaro a la situación límite de formar su propia sociedad paralela y de inverso sentido ético y humano, que la sociedad que lo rechaza.

El Lazarillo —decíamos— es quizá el tipo más esbelto y puro y mejor trazado entre los pícaros literarios: su moral —que no coincide con la moral al compás de su tiempo— es firme y alada, y no pierde sus días en fingir moralizadores discursos que le justifiquen, como el empalagoso Marcos de Obregón, a las veces tan indigesto.

El diccionario, en su 4.^a acep., que es la que aquí interesa, define al pícaro diciendo: tipo de persona descarada, traviesa, bufona y de mal vivir, que figura en obras magistrales de la literatura española. Quizá nos decidamos algún día a proponer la definición siguiente: tipo humano descarado, apaleado y resignado que vivió en la España de los siglos XVI y XVII rodeado de un ambiente convenientemente hostil y zarandeado por gobernantes tenidos por ecuanímenes en su obediente ceguera, clérigos vapuleadores en su falta de caridad y caballeros soberbios en su fanfarria que pronto habría de trocarse en derrota; a su hambre, los historiadores le suelen llamar inadaptación, cuando no le aplican peores y más crueles epítetos.

4.

El pícaro literario español, el sujeto que produjo aquel fenómeno memorable de la narración de sus vidas y andanzas, era casi siempre pobre, cierto o fingido, descarado o vergonzante, solitario o agremiado, que sobre esto no hemos de incidir ahora, pero el español no pobre ni literario de entonces también fue pícaro, aunque se vistiese con muy galanos ropajes y pese a que los más nobles conceptos no se descabalaran jamás de sus labios y aun de su sentimiento y de su actitud ante los demás. El suceso de que estos últimos no llegaran a ser modelo de obra literaria considerable, tiene fácil e inmediata explicación en el rígido y enterizo contexto político y religioso de la época.

La novela picaresca denota sabiduría en la creación pero no, contra lo que se ha venido suponiendo con frecuencia, propósito moralizador alguno, aunque sí —quizá— afán desmitificador, por las confusas revueltas tan caras a los cristianos nuevos, de los postulados y principios tenidos por sacrosantos e intocables: el honor —y aún más, su reluciente barniz— a la cabeza de todos. Vivamos para servir a Dios —suponen o fingen suponer, cada cual a su aire, el pícaro, el clérigo y el caballero— por todos los medios a nuestro alcance, menos el trabajo, que para eso, para admitir herejía semejante, ya nacieron otros hombres —Luis Vives, por ejemplo—, indignos de la divina misericordia y aun del respeto de los demás hombres.

Con la ecuación que rige los espíritus, las conciencias y las conductas de los caballeros se puede formar una cadena sin fin en la que no es preciso dar cabida a un solo eslabón cristiano: el dinero engendra consideración pública, la consideración

pública causa honor, el honor produce poder, el poder devuelve honor, el honor recibe la consideración pública, la consideración pública es manantial de dinero, y vuelta a empezar. Paralelamente, la comba a cuyo aire se obliga al pícaro a saltar tampoco presenta fisura ni quiebra alguna: el hambre motiva desprecio, el desprecio acarrea deshonor, el deshonor da pábulo a la infamia, la infamia añade más deshonor, el deshonor nutre al desprecio, el desprecio alimenta, ¡qué ironía!, al hambre, y otra vez vuelta a empezar. La primera ringla de situaciones gira en torno al concepto del poder, que en ningún caso es abdicable. La segunda gravita alrededor de la noción de la infamia que, cuando no se puede abandonar (y no se puede abandonar casi nunca) se explota, mientras se pueda, y se pone en cínica pirueta al servicio del bandujo, ya que no del alma y del pendiente problema de su salvación.

5,

El enunciado "novela picaresca" no pasa de ser término empírico y no poco confundidor, bueno para las preceptivas literarias y los discursos académicos, pero poco útil como clarificador señalamiento: los comentaristas literarios disputan, con frecuencia, sobre sus límites, y la mayor o menor amplitud de sus fronteras suele ser tema grato a la sabiduría. La novela picaresca no es, o no es tan sólo, el reflejo literario más o menos realista del mundo de los pobres que viven a salto de mata (el criado de cien años, el vagabundo sin brújula en el corazón, el escudero con la cabeza horra y los cueros estremecidos, el ratero por lo menudo, la ramera de los más ruines jergones) y zurrados por la falta de caridad del prójimo, sino también la consideración, no importa si como diatriba o como ditirambo, del concepto al uso del *honor* y de su pública y convenida máscara, la *honra*.

La presencia literaria del pícaro pobre es anterior a la novela picaresca (ya Menéndez Pelayo quiso ver en Ribaldo, el escudero del Caballero Gífar, un precursor del pícaro), y la aparición del pícaro poderoso se produce — a mediados del siglo XIX, que no antes — cuando los resortes coactivos por ellos manejados se reblandecen y la hacen posible: hasta entonces, los escritores, no atreviéndose a encararse con el problema y menos aún con las consecuencias que habría de acarrearles su manipulación literaria con la figura del pícaro poderoso, proceden por alusiones y perifrasis que conducen a una literatura, a este respecto, punto menos que críptica en su deliberado y disfrazado esoterismo.

La antítesis *honrado* lector (rico y acomodado) y *deshonrado* actor o personaje (pobre y ambulatorio) quizá pudiera darnos una de las claves de aquella parcela de nuestra literatura y un atisbo de aquel otro rincón de nuestro cuerpo social de entonces. El actor reconforta al lector en tanto aquél puede adoptar actitudes y realizar actos y acometer aventuras que a éste le están vedados por su impermeable, aunque quizá no muy sólido, concepto de la honra, del que —por hartos que se sienta— no puede, ni debe, ni aun quiere, desasirse: vestir de harapos, pedir limosna por amor de Dios, sentarse en las escalinatas de las iglesias o de los

palacios, mangar para comer y para beber, fumar colillas, hablar en jerigonza, frecuentar los tugurios, los garitos y los lupanares, dormir bajo los puentes o en el quicio de una puerta, recorrer mundo sin una credencial en el bolsillo y sin tener que dar mayores explicaciones a nadie, etc. Al lector *honrado* le atenazan múltiples condicionamientos, cuya existencia ignora (o desprecia o rechaza, incluso con altanería) el actor *deshonrado*, y en la contemplación de tan minúsculas y múltiples anticonvencionales actitudes encuentra el bálsamo que le reconforta — quizá sin enunciárselo del todo — de su falta de libertad y aun de imaginación. Al lector *honrado* le ata con muy recias ataduras la “tiranía del honor”, esa vigorosa y convenida cadena sobre la que el actor *deshonrado* tiene un concepto peculiar y ahornado a sus necesidades; el pícaro no carece de norma, aunque ésta sea — obviamente — de consistencia dispar a la del caballero, de la que es su caricatura disolvente. El pícaro procede como lo hace por instinto de conservación, actitud que, por paradoja no del todo compleja ni inexplicable, también adopta el caballero al solazarse — y reirse a saludables carcajadas — con la narración de los ardidés que el golfo maquina para subsistir.

6,

El pícaro es especie parasitaria, pero el caballero — la especie parasitada — no lo rechaza sino ante los demás y de labios afuera, esto es, no más que externa y aparentemente; el caballero necesita al pícaro tanto como es necesitado por él, y en el acoplamiento, en la simbiosis del uno y el otro (y del clérigo y del funcionario), debe rastrearse el inestable — y duradero — equilibrio de la sociedad española de aquel tiempo.

El mendigo sirve para permitirnos ejercitar la caridad con él; el pícaro vale para redimirlo y salvar su alma y, si se resiste, para aprovisionar los bancos de las galeras, y el ejemplo de la meretriz en permanente pelea con la enfermedad, y el hambre y el azotado y público desprecio, se usa a los nobles fines de la mejor sumisión de la hembra doméstica a la norma establecida. Al recio cinismo católico del litúrgico lector *honrado* se contrapone el también recio, sin bien no más que presentado, cinismo cristiano del agónico actor *deshonrado*, que quiere cortar amarras aunque no sepa bien por dónde ni en qué momento hacerlo. El lector *honrado* admira, allá en los más inescrutables recovecos de su espíritu — y sin osar enunciárselo —, al actor *deshonrado*, quien no sólo no le corresponde sino que ni sabe siquiera que es objeto de admiración.

La novela picaresca carece de motivación social aunque no, de cierto, de intención política, no por tan sólo presentida menos real y evidente.

El pícaro atenta por instinto contra la norma de moral política del poderoso de su tiempo, cuya más alta — y última — meta en esta vida efímera es la salvación de su alma de cara a la otra vida inmortal y bienaventurada, salvación que habrá de conseguirse, a ser posible, por medios mágicos y velocísimos y no como premio

a una mantenida e incómoda conducta virtuosa; pero el pícaro lleva a término su atentado quizá sin proponérselo y sí, sin duda, por mimetismo. El pícaro copia al caballero en lo fundamental, o aparentemente fundamental y sólo se aparta de su modelo en lo que no puede hacer suyo: el vestido elegante, las maneras pulidas, la noble serenidad del ademán, la bolsa pronta y la voz tonante, entre otras circunstancias parejas. El pícaro y el caballero van acortando, a medida que el tiempo pasa, las distancias que los separan, pero no por ascensión del pícaro a los estamentos poderosos sino por degradación moral del poderoso que deja de serlo quizá por suponer y hacer suya la reblandecedora noción de que los pobres son necesarios y algo consubstancial con la naturaleza del hombre: "Siempre habrá pobres entre vosotros", son palabras de Cristo demasiado literalmente entendidas por el caballero católico español. La expulsión de los moriscos, pudiera ser que la población española más laboriosa de aquel tiempo, ayudó también a subrayar este equilibrio en la competencia ante la holgazanería que queremos ver como el común denominador de pícaros y caballeros. Tampoco fue ajeno al mantenimiento del *status*, la victoria de los conceptos tradicionales de la mendicidad (el dominico fray Domingo de Soto) sobre los supuestos reformistas o modernizadores (el benedictino fray Juan de Medina), que en España tardaron no poco tiempo en abrirse paso y ser admitidos.

7.

El pícaro vive en permanente justificación ante la sociedad que lo soporta (también lo explota, dando rienda suelta a su paternalismo a latigazos) y el arma de la que con más habilidad se vale suele ser la ironía, con frecuencia cruel con el mismo pícaro que la esgrime. El pícaro tiene unos determinados derechos, ruines pero inabdicables, que no asisten al caballero, con lo que se da la circunstancia extrema de la aparición del curiosísimo tipo del pobre vergonzante, el triste y desamparado títere que sin bienes de fortuna —"sin un palmo de tierra donde caerse muerto"— tiene que ingeniárselas para vivir sin dar la espalda a unos determinados principios que no le funcionan pero que tampoco le permiten el abandono, ni el olvido, ni menos aún su cambio por otros diferentes.

Al pícaro desaliñado con naturalidad y porque no tiene otro remedio y al raído y corcusido pobre vergonzante que lucha por llevar dignamente, al menos en su apariencia, la derrota, ha de sumársele otro personaje, quizá no tan peculiarmente español pero ni más virtuoso ni menos humano, que también vive a salto de mata, aunque asentado en más sólida economía, y también forma parte de la briba: el aparatoso y muy en carácter mendigo profesional, organizado y jerarquizado, para quien la vida picaresca es estado y no circunstancia. El pícaro español roba sin arte y cuando lo necesita (aunque esta necesidad la sienta casi siempre), al paso que el pícaro también presente en las literaturas foráneas suele ser ducho en las mil artes de robar: una de ellas, la de pedir limosna como única y rentable finalidad de la que tampoco quiere apartarse.

Quizá una de las diferencias que pudieran establecerse entre nuestro pícaro y el pícaro ajeno (o compartido) sea la de que aquél es pícaro contra su voluntad —aunque se recree en la suerte— y por lo tanto redimible, al paso que este otro es pícaro deliberado que no aspira a cambiar su oficio, con cuya rentabilidad se conforma y hasta se reconforta.

8,

La mala conciencia del poderoso —y el mantenimiento, a contrapelo, de unos supuestos en los que acaba por no creer— fue otra de las pródigas y fluidas fuentes de las que manó, con su gracioso donaire, la novela picaresca. No es lo mismo saberse impuro y con ascendencia mora o judía y no aspirar a prebendas y ejecutorias —tal el caso del pícaro—, que conocer la impureza de la propia sangre y luchar por mantenerla oculta y soterrada. La prueba de limpieza de sangre, elemento tan en boga en la novela picaresca, y el miedo a su resultado o, quizá mejor, a la proclamación pública de su resultado, no produce los mismos efectos en el ánimo del pícaro que en el del caballero temeroso de perder su consideración de honrado, que no precisamente la honra —ni falta que hace— sino su eficaz y sosegadora y rentable apariencia. Américo Castro se planteó el tema de la contribución de los cristianos nuevos a la novela picaresca, con tan meritorio empeño como feliz e inteligente resultado. La psicología del español de entonces se debate entre dos supuestos tan sólo distintos en su aspecto externo: el del cristiano nuevo, que procuraba disimular su condición, y el del falso cristiano viejo que, sabiendo que no lo era, exageraba su disfraz.

9,

La picaresca —y su secuela la novela picaresca— se plantea al contraluz de dos elementos, el pícaro y el caballero, el actor *deshonrado* y el lector *honrado* cuya lucha pudiera enmarcarse en la noción expresada por Hegel en su *Fenomenología del espíritu*, cuando habla del sentido del “yo”, de la autoconciencia del hombre y el proceso por el que llega a ser verdaderamente hombre.

Hegel parte, no de la capacidad congnosecitiva del hombre sino de su libertad, y en la libertad, la verdad y el ser basa toda su doctrina. Según Hegel, la libertad es la determinación fundamental del hombre y habita la entraña misma del saber.

Para Descartes, el pionero de la filosofía de la razón, un ser dotado de figura humana pero horro de pensamiento que pueda manifestarse a través del aspecto creativo de su lenguaje, no sería un hombre sino un autómatas. Para Kant, el filósofo del esplendor de la burguesía, ese mismo ser, aunque piense pero carezca de capacidad de acciones morales, no pasaría de ser una marioneta. Para Hegel, la contradictoria cumbre del racionalismo alemán, un ser que renuncia a la libertad a

cambio de la conservación de su vida no es un hombre con pleno sentido, sino un siervo.

El deseo primitivo del hombre, esto es, el punto de partida para su autoconocimiento, se dirige hacia los otros hombres con el anhelo de ser reconocido, propósito que acaba convirtiéndose en deseo de reconocimiento. En esta primera situación, la presencia de un hombre —el pícaro o el caballero— ante otro hombre —el caballero o el pícaro— conduce a un mútuo proceso de cosificación en el que el "otro" no pasa de ser considerado como una cosa más; para resolver esta situación límite y también para evitar el ser recíprocamente cosificados, ambos deben arriesgar su vida forzando la conciencia ajena y ambos deben luchar por su reconocimiento no como cosa sino como conciencia en sí. Esta lucha no sabe sino de dos salidas: la muerte de uno de los dos hombres, que no resuelve el trance porque difícilmente puede ser reconocido el vencedor como conciencia en sí por un cadáver, o el planteamiento de un nuevo esquema en el cual uno de los hombres cede para evitar la muerte, estableciéndose entre ambos una relación de amo a esclavo. Es el miedo a la muerte lo que provoca la aceptación del amo; también es la clave de uno de los sentimientos más peculiares de la picaresca. El miedo a la muerte es reflejo de la nueva mentalidad de un mundo nuevo: el apego a la existencia terrena —el entendimiento de la locución "este valle de lágrimas" como un tópico insubstancial y carente de sentido— y la denodada lucha por la supervivencia. La impronta marcada por la picaresca condiciona, en mayor o menor grado, toda la novela que desde entonces acá se ha escrito.

El reconocimiento de la autoconciencia a través de otra autoconciencia es, para Hegel, la base sustentadora de la jerarquía. Ese reconocimiento, en el caso que ahora nos toca analizar, es la motivación de la existencia del pícaro y la cifra que nos desvela el papel que cumple en la sociedad. El hidalgo en pobreza y tristeza, el lector *honrado* del que venimos hablando, precisa ser reconocido como señor, le es imprescindible expresar su autoconciencia de amo, y esa necesidad solamente puede perfeccionarla a través del reconocimiento de su situación por otro: el pícaro, el actor *deshonado* al que aludimos. Este enfrentamiento dialéctico guarda en su más recóndito meollo el germen de la tragedia, porque el amo, que busca denodadamente afirma su autoconciencia para llegar a sentirse hombre verdadero, no puede —por más que se esfuerce en fingirlo— ser satisfecho por el reconocimiento del esclavo, del hombre que maneja una conciencia que no es libre, de una conciencia que no es para sí sino para el mejor o peor uso de otro.

Lo que Hegel llama *Begierde*, el deseo primitivo del hombre, la semilla de su autoconocimiento, es lo que le impulsa a transformar la naturaleza por el trabajo para obtener así los bienes suficientes con que cubrir sus necesidades. Planteada la situación del enfrentamiento amo-esclavo, los deseos del amo deben ser satisfechos por el trabajo del esclavo, situación que lleva al amo a un inevitable apartamiento del mundo en torno puesto que su conocimiento de las cosas es un conocimiento indirecto, un conocimiento a través de otro: del esclavo que trabaja y proporciona al amo los bienes que éste desea. Tampoco este conocimiento mediatizado puede

bastar al amo porque no pasa de ser un conocimiento a través de una conciencia imperfecta, de la conciencia para otro de un hombre no libre.

El tambaleante reconocimiento de su autoconciencia y la ignorancia o el tarado conocimiento del mundo exterior son los dos obstáculos con que tropieza el amo en el camino hacia el hombre verdadero. ¿De dónde surgirá éste, entonces? Dentro del esquema de Hegel, nacerá de la superación de la contradicción, del enfrentamiento dialéctico de amo y esclavo, en el que la existencia del amo es un obstáculo y una etapa a superar. Jamás conseguirá el amo la satisfacción de saberse hombre verdadero por el reconocimiento del esclavo —o lo que es lo mismo: jamás podrá liberarse a través de una conciencia no libre—, mientras que el esclavo, que sí conoce una libertad —la del amo—, podrá llegar a alcanzar la suya si consigue hacerse reconocer por él. El medio de superar el estadio de conciencia para otro es el trabajo, que es efectuado tan sólo por el esclavo y que puede llegar a proporcionarle el conocimiento de una libertad a través del dominio de la naturaleza. Esta libertad consciente no es, con todo, una auténtica libertad hasta que llega a manifestarse en la obtención del reconocimiento por parte del amo: la superación del proceso dialéctico por el que el esclavo puede llegar a ser hombre verdadero.

El amo representa la cara negativa en su enfrentamiento dialéctico con el pícaro. Su presencia es necesaria —y aun imprescindible— como transformador de la conciencia del pícaro al obligarle al trabajo, por pintoresco y desusado que éste fuere, pero intrínsecamente arrastra la imposibilidad de renunciar a su papel de amo, con lo que le queda vedado el logro de la satisfacción total como hombre. Ese cometido está reservado al pícaro, quien sí está dispuesto a dejar de serlo y abandonar la esclavitud, y quien llega, mal que le pese, a un conocimiento de primera mano del mundo que le rodea. Para llegar a su realización, a su liberación total como autoconciencia para sí, necesitará lograr el reconocimiento por parte de su señor y, como es lógico, este último paso hacia el hombre verdadero puede llegar a darse o no, pero, de hacerlo, es competencia exclusiva del pícaro, del elemento positivo —y paradójicamente sano— en la lucha dialéctica.